

rables, pareciéndoles que ningún sacrificio les sería más apacible que de aquellas cosas que más valor y estimación tuviesen; y como ninguna cosa sea de tanto precio como el hombre, y más si es habido y preso en guerra con tantos trabajos y riesgos como en ella hay, determinaron de hacerle sacrificio de ellos, y aunque entonces fué con moderación, despues creció como fué creciendo su potencia, hasta venir á tanta ceguedad y error como en el que estaban al tiempo que los primeros conquistadores vinieron á esta tierra; que pluguiera á Nuestro Señor fuera ochenta años antes, porque en aquel tiempo aun no había memoria de esta diabólica invención; de manera que á imitación de los mexicanos se introdujo en toda esta tierra, á lo menos en esta ciudad y en Tlacuba, Chalco y Huexutzinco y Tlaxcalla.

El modo y orden que en esto tenían era que los enemigos que en la guerra podían matar no los mataban, antes los tomaban vivos y traían presos á fin de sacrificarlos, y por otras muchas razones y respetos, de que se les seguía mucho provecho, honra y fama. Los días de sus sacrificios eran solamente los días de fiesta, y para esto es de saber que tenían en cada un año diez y ocho fiestas, y todas ellas diferentes, en que honraban diversos ídolos, de suerte que en cada un año no se solemnizaba más que una vez cada fiesta, aunque es verdad que tenían unas por más principales y de más dignidad que las otras, especialmente de los tres ídolos de que se ha tratado, que á ellos hacían grandes y señalados sacrificios de todo género de prisioneros, y especialmente el día de la fiesta de otro ídolo que se llamaba Xipe, que era como dios de las guerras, al cual sacrificaban los más valientes prisioneros, á fin de tener famosos á los que los prendieron, con diferente solemnidad que la de los otros sacrificios ordinarios de que adelante se tratará. Finalmente, que allegado el día y fiesta de Tezcatlipoca, que ellos llamaban Tochcatl, sacrificaban en su templo todos los prisioneros que habían recogido de toda suerte, edad y sexo, excepto los que como esforzados eran reservados para el día del ídolo Xipe, que por otro nombre llamaban Tlatlahquitezcatl, que es tanto como decir espejo ber-

mejo ó encendido. Degollábanlos con un pedernal agudo por los pechos sobre la piedra llamada *techcatl*, poniéndolos sobre ella de espaldas; y cargando cinco ó seis hombres de la cabeza, brazos y piernas hacia el suelo, tumbaba el pecho y estómago hacia arriba, y así un sacerdote DE los que para esto estaban diputados y en servicio del demonio, el más principal, que se llamaba Quetzalcohuatl, lo abría con facilidad de la una tetilla á la otra, y lo primero que hacía era sacalle el corazón, el cual palpitando lo arrojaba á los pies del ídolo, y sin reverencia ni modo comedido; tras esto entregaba luego el cuerpo al dueño, que se entiende al que lo había prendido, y por esta orden sacrificaban todos; y los que había para el sacrificio de aquel día acabados, los demás sacerdotes recogían todos los corazones, y despues de cocidos se los comían, de suerte que este miembro tan principal en las entrañas del hombre estaba diputado para estos sacerdotes servidores del demonio; y por esta propia orden sacrificaban al ídolo Huitzilopuchtli cuando llegaba el día de su fiesta; y los cuerpos, despues que los llevaban sus dueños, los hacían pedazos, y cocidos en grandes ollas, los enviaban por toda la ciudad y por todos los pueblos comarcanos, hasta que no quedase cosa, en muy pequeños pedazos, que cada uno no tenía media onza, en presente á los caciques, señores y principales y mayordomos, y á mercaderes, y á todo género de hombres ricos de quien entendían sacar algún interese, sin que se averiguase que para ellos dejasen cosa ninguna de él para comer, porque les era prohibido, salvo los huesos, que se les quedaban por trofeo y señal de su esfuerzo y valentía, poniéndolos en su casa en parte donde los que entrasen los pudiesen ver. Dábanles aquellos á quien se presentaba cada un pedacito de esta carne, mantas, camisas, nahuas, plumas ricas, piedras preciosas, esclavos, maíz, bezotes y orejeras de oro, rodela, vestimentas y arreos de guerra, cada uno como le parecía ó podía, no tanto por que tuviese algún valor aquella carne, pues muchos no la comían, cuanto por premio del valiente que se la enviaba, con que quedaban ricos y prósperos.

El otro ídolo Tlaloc, que era el sacrificio que le hacían muy diferente de estotros, porque llegado el día de su fiesta, que comunmente era por el mes de Mayo, según que se coligió de su cuenta, recogían diez ó quince niños inocentes de hasta siete ú ocho años de edad, esclavos, que los daban los señores y personas ricas por ofrenda para este efecto, y los llevaban al monte donde el ídolo de piedra estaba, y allí con un pedernal agudo los degollaba un sacerdote, ó carnicero por mejor decir, que estaba elegido para el servicio de este demonio, y degollados por la garganta, los echaban en una caverna y abertura natural que había en unas peñas junto al ídolo, muy oscura y profunda, sin hacer otra fiesta ni ceremonia.

El otro ídolo llamado Xipe, de quien se prometió tratar, hacían los sacrificios de los indios más valientes que se habían escogido á elección del rey, haciendo primero muchas averiguaciones y diligencias del esfuerzo y ánimo de cada uno y su valentía, porque si no eran tales no morían en el sacrificio de este ídolo que como se ha dicho era como dios particular de las guerras y batallas. Lo primero que hacían era que á cada uno de estos valientes los emplumaban desde los muslos para abajo, con los brazos y cabeza, de pluma blanca, con engrudo, y les ponían unas jaquetas de papel, señales entre ellos de dolor y luto, y luego los traían á todos en ringlera, como en procesión, trayendo cada uno dos hombres de guarda. El uno era el que le había vencido y prendido, y el otro era otro valiente, que llamaban *tequiahua*; y llegados al lugar del sacrificio, que era junto al pie del templo y cue grande llamado *temalacatlé*, que era un edificio de tierraplano cuadrado con escalones por todas partes, no más alto de cuanto se subía á él con cuatro gradas, de tres brazas por cada parte, y en medio una piedra grande y de la propia hechura que una piedra grande de molino, en la cual ponían al prisionero que había de ser sacrificado, atado por la cintura con una cuerda que prendían de la piedra, no más larga de cuanto pudiese bajar todas las gradas y un paso ó dos más adelante. Dábanle un padrino en hábito de valiente, de lobo, que llamaban *quetlach-*

*tli*, que servía de esto, una rodela y con su macana de encina toda emplumada, pero sin navajas; y al un lado deste lugar y sacrificio estaban cuatro indios los más valientes y escogidos que había en toda la ciudad y su provincia, los dos con hábito y traje de valientes y grandes tigres, porque vestían sus pellejos, y los otros dos en figura de dos grandes águilas de muchas y grandes plumas, uno de los cuales echaban para que pelease con el que había de ser sacrificado. Llevaba rodela y macana con navajas ó pedernal, y de esta manera y al son de un atambor y de otro instrumento que llamaban *teponaxtli* y cantando, peleaban el uno con el otro; y si el prisionero había recibido un golpe ó dos, de tal manera que al parecer no se podía ya defender, llegaba luego el *cihuacohuatl*, que era sacerdote principal, y lo degollaba luego en una piedra que junto á este sacrificadero estaba, semejante á la que en el cu principal había, sacándole el corazón por los pechos, el cual y el cuerpo recibía el dueño, y antes que lo llevase á su casa, tomaba el corazón y lo ofrecía al ídolo Xipe en su templo, y en un vaso tomaba parte de la sangre é iba á todos los templos rociando con ella á los ídolos, á lo menos á los más principales, aquellos que no estaban adornados y vestidos de ornamentos ricos y preciosos, porque estando de esta manera, por no ensuciarlos pasaban adelante á los otros que no estaban de fiesta, y á estos embestia con aquella sangre hasta que se acababa, y el cuerpo se lo llevaba para hacer de él lo que ya se ha dicho atrás, salvo le desollaban, y un indio pobre se vestía el pellejo al revés, y andaba á mendigar con él por todas las partes que podía, hasta que pasasen veinte días, que era como semana de esta fiesta; y si acaso el prisionero era muy valiente, que peleando vencía á este que le cabía en suerte, aunque lo matase, como algunas veces aconteció, no por eso era libre, antes le echaban luego otro de los tres que quedaban, y al fin era vencido de alguno de ellos; porque no se halla que ninguno fuese tan valeroso, que escapase de alguno de los cuatro, especialmente que entre ellos había de haber uno que fuese izquierdo, de cuyas manos parecía imposible poder escapar, porque este estaba

hecho á pelear con diestro, y el pobre prisionero no con zurdos, y así le tenía ventaja, y más tomándole sobre cansado. Hállase que muchos no quisieron gastar tiempo en esta vanidad, sino que luego se rendían á la muerte y sacrificio, con que hacían menos famosos á los que los habían preso y vencido, de manera que tanto cuanto más esfuerzo y ánimo mostraban peleando en este sacrificio, tanto más fama de valientes cobraban los que en la guerra los habían vencido y preso y traído al sacrificio, teniéndolos en tanta más estimación cuanto de más valor se habían conocido en el prisionero; y era esto una cosa tan deseada entre ellos, que aunque había muchos indios que habían prendido en la guerra muchos enemigos, no llegaban á sacrificar ninguno en este sacrificio de Xipe, si como se ha dicho no era muy averiguado ser valiente para la dignidad de este día. Hallábanse á este espectáculo todos aquellos que representaban á los ídolos, junto al sacrificio, parados en pie, y lo mejor vestidos y adornados que para tal fiesta convenía, por su orden, y conforme á la dignidad y alteza de los ídolos á quien representaban, porque estaba primero el de Tezcatlipoca, y luego Huitzilopuchtli, y Tlaloc y Xipe, y los demás de quien no se trata por ser de menos cuenta. Hallábanse á este sacrificio mucha más gente que de los demás, porque como cosa famosa de hombres valientes que en él morían, concurrían de todas partes á verle, y aun los reyes permitían que pudiesen hallarse á él libre y seguramente indios tlaxcaltecas y huexutzincas, sus enemigos, para que de su vista, como de cosa espantosa, pudiesen dar razón en sus tierras. Era cosa maravillosa dizque de ver el clamor y llanto que hacían, no sólo las mujeres, pero los hombres, con la vista de este espantoso sacrificio, imaginando que ellos, sus hijos, hermanos, tíos y sobrinos, amigos, andando en la guerra, habían de parar en esto, porque es verdad que generalmente todo su cuidado y en que más ponían su felicidad era el ejercicio militar, y haber de ello el premio, las honras y provechos que suele traer á los valientes y esforzados, y se preciaban de que las heredades y otros bienes que tenían fuesen ganados por esta vía, y los que no tenían ánimo y va-

lor para ello eran tenidos en poco, y como tales los ocupaban en cosas bajas y viles, si no eran hombres de linaje y sangre, y aun estos para ser admitidos entre los demás valientes habían de ser señalados en algunas facultades, especialmente en administrar justicia, ó en componer cantos, ó ser hombres hábiles y de consejo para los Consejos que tenían; y con todo esto no habían de traer el cabello afeitado de la forma que los hombres militares lo traían, ni componerse de semejantes arreos que ellos, ni traer más vestido que una manta llana blanca de poco valor; de suerte que para el servicio y sacrificio de estos ídolos, y para llegar á tener honra y hacienda, el camino que les parecía para llegar á él era este, porque decían que el tener la guerra tantos trabajos y peligros, y vencellos con ánimo y esfuerzo, se merecía dignamente galardón de sus dioses y del mundo.

Y volviendo á lo de los sacrificios se concluirá con decir una cosa de admiración, y es que el prisionero valiente que representaba al Tezcatlipuca, con tener tanta libertad como ya se ha dicho, y estar tan certificado de su muerte, no se averiguó que jamás ninguno de todos los que para esto fueron electos se hubiese huido ni puesto esclavo<sup>1</sup> pudiéndolo hacer, pareciéndole cosa indigna para hombres que representaban tan gran majestad como la de este ídolo, por no ser tenido por cobarde y medroso, no sólo en esta tierra, pero en la suya con perpetua infamia, y así queriendo antes morir ganando fama eterna, porque esto tenían por gloria y fin venturoso; y casi lo mismo se dice de la chusma de los demás prisioneros, aunque tenían más guarda, aunque no sin ocasiones de poderse ir, y con todo esto jamás se aprovecharon de ellas, por manera que el que este ídolo Tezcatlipoca representaba no vivía más que un año desde que era para este efecto nombrado, porque llegado el día de su fiesta luego era sacrificado por la orden que los demás, salvo que con mayor pompa y arreos que los demás prisioneros, porque era vestido y compuesto de semejantes hábitos que los muy ricos del ídolo, y luego era electo otro que al cabo venía á parar en lo mismo, si no era que sirviendo bien

<sup>1</sup> en salvo?

el oficio que le daban era conservada su vida por el rey para que pasase adelante; pero daba un esclavo para que en su lugar fuese sacrificado; pero al fin tarde ó temprano había de venir á esto; y porque se vaya dando cabo á estos sacrificios que por ser tan horrendos y en que tantas ánimas se perdieron, y ser cosa tan odiosa, se tratará agora de las ceremonias, ayunos, y penitencias que hacían de muchas y diversas maneras, porque los sacerdotes que en los templos servían se punzaban los molledos y los muslos, y aun algunos por mucha penitencia las lenguas, pasándoselas con navajas como lancetas, y otros pasaban más adelante, que tomaban juncos ásperos y nudosos, los colgaban y pasaban por la herida hecha en la lengua. Esto no lo hacían de ordinario todos juntos ni cada día, sino uno hoy y otro otro día, trocándose por su orden, y con esta sangre untaban después<sup>1</sup> de maguey frescas, que con sus pencas cada día ponían en los templos los sacerdotes que llamaban *tlamacazque*, sobre ciertas ramas de abeto también frescas. No se pudo saber este misterio y significación de esto, por eso se pasa adelante. La demás gente no se punzaba desta manera, ni tampoco todos, sino solamente el que quería por devoción y sacrificio se picaba una oreja y sacaba alguna sangre, poca ó mucha, como quería. Estos *tlamacazque* estaban de ordinario en los templos, y no eran casados, ni se les permitía llegar á mujer, antes vivían castamente, y tenían libertad de dejar el sacerdocio cuando les pareciese y casarse; pero si acaso hallaban alguno con alguna mujer fornicando, no tenía más pena de que era echado del templo y servicio de él y trasquilado el cabello que tenía en cierta forma afeitado por señal del sacerdocio, aunque esto acaecía muy pocas veces. Estos andaban de ordinario embijados de negro todo el cuerpo y rostro, y con solamente mantas blancas llanas, sin otro ornamento. Había en cada templo uno de estos tenido por mayor, á quien lo demás respetaban y obedecían como á señor ó más principal, que se llamaba *Quetzalcohuatl*. Algunos morían viejos en este oficio. Había en cada templo hasta cuarenta, á lo menos en

<sup>1</sup> Tal vez *dos pías*.

los principales, y en los demás cuatro ó cinco: en otros ninguno. Los mayores eran elegidos por el rey, y después que había hecho gran examen de su vida y buenas costumbres y habilidades, y que tuviese mucha noticia de su religión y manera de criar y doctrinar á los nobles en todo género de buena crianza y doctrina. Eran sustentados de cierta renta que por el rey estaba señalado. No era lícito llegar á estas casas y templos mujeres ningunas.

El ayuno general era de ocho á ocho años, y no más de cuatro días, que no comían otra vianda más que unos tamales cocidos de maíz, frijoles sin sal ni otro ningún apetito, ni bebían ningún brevaje, más que agua simple. De estos tamales no hay más diferencia de las tortillas, más que ser hechos como bollos y cocidos en agua simple. Ponían en las casas reales y en los templos ciertas juncias que significaban el ayuno. No se pudo saber por qué se hacía, más de que era introducido de largo tiempo por los culhuaque, sin castigar al que lo quebrantaba. Cuando iban á la guerra, ayunaban los padres y madres de los que iban á ella, en diferente forma de lo general, porque comían á medio día solamente, y no se afeitaban el cabello ni limpiaban los rostros hasta que hubiesen vuelto los hijos, ó los que les tocaban en amistad ó parentesco. Entonces hacían fiesta y convite, y mucho más costoso si traía prisioneros; y si eran muertos, en tal caso les lloraban ochenta días con todos sus parientes, juntándose para ello en casa del muerto. El rey ayunaba con más abstinencia y aspereza todo el tiempo que se detenía la gente de guerra hasta que volvía, aunque fuese un año, mandando cesar los cantos, entretenimientos y areitos generales y particulares, y todo género de instrumentos y cosas de alegría, y los juegos del batey, de que adelante se tratará. Esto cesaba cuando llegaba alguna fiesta de regocijo de algún ídolo, pero luego tornaban á su ayuno, y el rey acudía más á menudo al templo á encensar al ídolo Tezcatlipoca, y ni en público ni en secreto no traía arreos ni vestidos costosos sino llanos y muy honestos; á lo menos ninguno que demostrase alegría ni contento, dando en todo á entender el cuidado que le daban sus vasallos

por los peligros de la guerra, y por la misma razón todos los grandes de su corte y la gente común representaban lo mismo.

Lo que sentían algunos principales y señores de sus ídolos y dioses es que sin embargo de que los adoraban y hacían los sacrificios que se han dicho, todavía dudaron de que realmente fuesen dioses, sino que era engaño creer que unos bultos de palo y de piedra hechos por manos de hombres fuesen dioses, especialmente Nezahualcoyotzin, que es el que más vaciló buscando de donde tomar lumbre para certificarse del verdadero Dios y Criador de todas las cosas; y como Dios Nuestro Señor por su secreto juicio no fué servido de alumbralle, tornaba á lo que sus padres adoraron, y de eso dan testimonio muchos cantos antiguos que hoy se saben á pedazos, porque en ellos hay muchos nombres y epítetos honrosos de Dios, como es el decir que había uno solo y que este era el Hacedor del cielo y de la tierra, y sustentaba todo lo hecho y lo criado por él, y que estaba donde no tenía segundo, y en un lugar después de nueve andanas, y que no se había visto jamás en forma ni cuerpo humano, ni en otra figura, y que al lugar donde estaba iban á parar las almas de los virtuosos después de muertos, y que las de los malos iban á otro lugar de penas y trabajos horribles; y jamás, aunque tenían muchos ídolos que representaban diferentes dioses, nunca cuando se ofrecía á tratar los nombraban á todos en general ni en particular á cada uno, sino que decían en su lengua *in Tloque in Nahuaque*, que quiere decir el Señor del cielo y de la tierra: señal evidentísima de que tuvieron por cierto no haber más de uno; y esto no sólo los más prudentes y discretos, pero aun la gente común lo decía así, de manera que la gente de más razón y entendimiento, que eran los nobles, entendieron esto, como se coligió de las averiguaciones que sobre ello se hicieron, y en especial de sus cantos, que es de donde más lumbre se tomó; y en efecto en ellos hay gran noticia de sus antigüedades, en forma de corónica y historia; pero para entenderlos es menester ser gran lengua, de manera que cerca de lo que toca á sus dioses entendieron

algunos el engaño en que vivían, y de esto se sigue haber también alcanzado á saber de la inmortalidad del alma.

*Casamiento.*—Y en cuanto á lo que toca á sus costumbres buenas y malas, se tratará primero de la de los reyes y gente ilustre, y luego de las del común y plebeyas, aunque en pocas diferían. Tenía el rey las mujeres que quería de todo género de linajes, altos y bajos, y entre todas tenía una por legítima, la cual procuraban que fuese de linaje principal y alta sangre, si fuese posible, con la cual hacían ciertas ceremonias que no hacían con las demás, que era poner una estera, la más galana que se podía haber, enfrente de la chimenea ó fogón que en lo principal de la casa había, y allí sentaban á los novios, atando uno con otro los vestidos de entrambos; y estando de esta manera llegaban los principales de su reino á darles el parabién, y que Dios les diese hijos en quien como por sucesión resplandeciese su nobleza y memoria; y luego llegaban los embajadores de los demás reyes de México y Tacuba, y hacían lo mismo en nombre de sus señores, y tras ellos los demás de los señores sus inferiores; y despedidos todos, luego los llevaban al lecho donde consumían su matrimonio, y al cabo de cuatro días tornaban á saber de ellos con muchas palabras amorosas y tiernas, encomendándoles su conformidad y amor; y el hijo mayor que de esta mujer nacía heredaba el estado de su padre después de sus días, siendo preferido sobre todos los demás sus hermanos mayores y menores que su padre dejaba de diferentes madres, aunque conforme á su posibilidad les daba en vida ó en muerte lo que le parecía, á unos más ó menos, conforme á su mérito, dando á cada uno la dignidad de que más capaz y hábil era, mereciéndolo primero no por ser hijo de rey, sino por pura virtud de esfuerzo y valentía, ó otras habilidades y gracias, de que se irá tratando; y esta orden del suceder se guardó en los reyes de esta ciudad hasta que quebró en Nezahualpitzintli, que por no haber hijo legítimo de su legítima mujer, hija de Axayacatzin, rey de México, que la mató por adúltera, ha andado el gobierno de su estado por vía de elección en sus hijos que hubo de diferentes madres, de suerte que le han

poseido siete hermanos, sin que ninguno de ellos se alzase con él para poderlo dejar á sus hijos, porque todos han sido en tiempo que la fe estaba ya plantada en esta tierra y por el Rey, nuestro señor, que sus Justicias lo estorbaran. Los demás principales y grandes tenían la misma orden en sus matrimonios, aunque en lo tocante á la sucesión era á su elección y albedrío, porque siempre dejaban por heredero de su estado al hijo de la mujer legítima, el más virtuoso, aunque fuese el menor, y si no era ninguno de ellos tal, lo era cualquiera de los otros de las demás mujeres, con tal que prefiriese á todos en virtud, de tal suerte que aunque toda su bienaventuranza ponían en las armas, no bastaba que para esto fuese muy valeroso, sino muy aprobado en virtud, para heredar y gobernar el Estado, y en lo demás con los demás hijos hacían lo mismo que se ha dicho de los reyes.

La gente común tenía cada uno una mujer, y si tenía posibilidad podía tener las que quería y podía sustentar. Muertos estos, si quedaban bienes se repartían entre sus hijos igualmente, y si había alguno que fuese de mujer legítima no por eso tenía privilegio de gozar de más parte, porque esto no había lugar más de en los sucesores de los reyes y señores. Podían tomar por mujeres á las que lo habían sido de su padre, todas ó las que quería; pero las demás que quedaban habían de guardar el hábito de viudas con mucha castidad y limpieza, hasta que hubiese quien las tomase por mujer, igual al primero marido, ó que fuese la diferencia poca, y de esta manera las más de las mujeres que hubiesen sido de reyes se quedaban perpetuamente viudas, porque si no era con otro rey nunca más tornaban á casar, ni aun con señor, porque les parecía que era atrevimiento y desacato que se hacía al rey difunto y á su dignidad casarse con otro que no fuese tal. No podían tomar por mujeres á sus hermanas, ni aun el rey, y el que era tomado en este incesto, ó con su propia madre, incurría en pena de muerte, la cual se ejecutaba en los unos y los otros sin remisión ninguna, y lo mismo era prohibido tomar por mujer ó marido á abuelo ó abuela, y á los demás descendientes ó

ascendientes por línea recta. En lo demás parientes<sup>1</sup> se podían casar, porque no les era prohibido sino lo que se ha dicho.

En naciendo el hijo daban el parabién á sus padres sus amigos y deudos, y aun llevaban presentes conforme á la calidad del padre, al cual era dado el ponelle nombre, cada uno como quería ó se le autojaba, dentro de cuatro días después de nacido, notificándolo á todos los que se hallaban presentes: dábanle una rodela y macana y arco y flecha; y á la hija su huso y rueca y otros aderezos de hilar y tejer; aunque los reyes y grandes señores tenían respeto á que fuese el nombre conforme á alguna cosa que en aquel tiempo había ó sucedía digna de memoria, ó la había ó acaecía natural ó accidental, de suerte que si hubo cometa lo nombraban Citlalpopoca, que se interpreta estrella que humea; y si eclipse de luna ó sol lo mismo, ó si se cayó algún cerro ó remaneció fuente de nuevo, lo mismo, casi queriendo perpetuar en esto la memoria de lo que entonces pasó. Al hijo, en cayéndosele el ombligo se llevaba con gran cuidado á enterrar en tierra de enemigos, dando á entender en esto que por secreta propiedad apetecería por esto la guerra y el ejercicio militar. Criaban los niños con regalo hasta que tenían entendimiento y uso de razón, y en conociéndose los quitaban á las madres y llevaban luego á ciertas casas muy grandes que en los templos había, y allí eran enseñados por el sacerdote principal á todo ejercicio de virtud, honestidad y crianza, y especialmente en el arte militar, en lo cual ningún respeto les tenían; aunque fuesen los hijos legítimos del rey andaban con solamente unos pañetes de algodón con que cubrían las desvergüenzas, y unas mantas ásperas de nequén, sin diferenciar de los demás hijos de señores ó hidalgos ó plebeyos. Hacíanlos dormir en esteras y con una ropa de nequén basta y muy gorda. En siendo después de media noche se levantaban, y lo primero que hacían era bañarse en agua fría, sin jamás dejarlo de hacer en tiempo de fríos ó calores, y luego tomaban es-

<sup>1</sup> Sigue una abreviatura que no se puede descifrar. Solamente se leen las letras *co*. El sentido pide *colaterales*.

cobas y barrían los templos y las casas y patios de ellos; y algunos por elección del sacerdote iban al monte por rama de abeto y por puyas para el culto y ceremonia que se dijo de los ídolos; y los demás, á lo menos los que eran ya mozelos y los hombres ya hechos, cada uno tomaba un incensario de barro, que eran como grandes cucharas, y echando en ellos brasas de un grande fuego que toda la noche ardía, incensaban hacia el Oriente y hacia las demás partes referidas, y despiertos aguardaban que amaneciese. Hacían todo esto á fin de curtillos con los fríos y calores y poco sueño y poco comer para que habituados á ello, cuando se ofreciesen los trabajos en la guerra los sintiesen menos. A esta casa y á las demás venían los hijos del rey y los demás señores, y algunos de los plebeyos. Pasaban el día en enseñarles á bien hablar, á bien gobernar y á oír de justicia, y en pelear de rodela y macana, y con lanza con pedernal á manera de pica, y aunque no tan larga; y esto hacían los que ya tenían edad para ello. Otros se iban á la casa del canto y baile á deprender cantar y bailar: otros al juego de la pelota que se ha dicho, el cual estaba en la plaza pública, y en medio de ella era el propio suelo, y aunque algo levantado, de treinta piés de ancho y de noventa en largo, cercado de paredes de un estado en alto con cuatro esquinas, muy encaladas por la haz que caía adentro: el suelo de él sin encalar, sino muy limpio, y hecha una raya por medio que atravesaba por lo angosto. Se ponían los jugadores los unos al un cabo y los otros al otro, y servían con la mano la pelota, que era del tamaño de una mediana cabeza de hombre, muy redonda, y del licor de un árbol como leche, el cual para cuajallo lo cocían hasta cierto punto, con que se torna negro, que pesa como cuatro libras; y saltando llegaba á los otros jugadores, ó salían á recibille el que estaba por principal, sin pasar de la raya con los pies ni aun con las manos, ni llegar á ella, y dábale con el cuadril ó muslo, y por la propia orden le daban los otros, hasta que hacían ciertas faltas sobre que tenían cuenta y razón; y los primeros que llegaban á las rayas con que vencían, ganaban á los otros las preseas y joyas que jugaban, que era de to-

do género; porque había personas ricas y principales que jugaban piedras preciosas y joyas de oro y plumería, esclavos, mantas de todos géneros y armas y arreos de guerra, y había muchos apostadores que estaban á la mira ateniéndose á los unos ó á los otros. Jugaban de dos á dos ó de tres á tres cuando mucho, y uno á uno lo más ordinario. Había entre ellos grandes jugadores que hacían ventajas y partidos graciosos. Era juego de mucho ejercicio para la soltura y ligereza del cuerpo y fuerza de todos los miembros, y por eso era permitido por los reyes, y aun algunos de ellos que salían de su autoridad le jugaban públicamente con señores y personas de suerte, y al presente no lo juegan porque al principio de su conversión se les prohibió por los frailes, pensando que en él había algunos hechizos ó encomiendas y pactos con el demonio: de manera que los más de los hijos de los nobles y gente rica se criaban en estos ejercicios, cada uno conforme á la edad que tenía y á lo que más era aficionado. Cuando erraban y excedían en algo en la casa donde se criaban ó en otra parte, pública ó secretamente, eran con mucha aspereza castigados de los sacerdotes mayores, porque les punzaban las orejas con puntas de maguey, ó los muslos ó molledos, ó los colgaban de los pies, y en el aire les daban humo á narices con ají, ó azotaban con ortigas. Todos sus yerros era en descuidarse de reverenciar á sus mayores, ó á sus padres, ó á los viejos ó maestros, ó si comían algo escondida y secretamente, aunque fuese de cosa que sus padres le hubiesen enviado, que les era vedado; pero algunos, de piedad, se lo llevaban ó enviaban, á lo menos las madres, porque lo que habían de comer había de ser por mano de su maestro, y esto habían de ser tortillas secas de maíz, sin otra vianda ni apetito, y tan limitado que solamente bastase á sustentarse, sin jamás hartarse. Su bebida era agua simple: comían dos veces al día, no en mesa ni en otro lugar para ello diputado, más de que los sacerdotes les arrojaban á cada uno una tortilla ó dos, como les parecía que habían menester, sin comedimiento ni crianza, aunque fuera el único sucesor y heredero del reino, sino como quien arroja pan á los perros. En lo que

más les persuadían era en lo de las armas, inclinándolos á ellas y dándoles á entender que por ellas y no por otro respeto habían de valer y tener, y que ellas les habían de dar el ser y valor, y no la grandeza de sus padres los reyes; á lo menos Nezahualcoyotzin y Nezahualpiltzintli nunca jamás tuvieron consigo á sus hijos, sino muy niños, y cuando los venían á conocer era ya por valor de sus personas, y que por esto lo mereciesen conocer por padre. Tenía el rey muchas casas en la ciudad en diferentes partes, y fuera de ella en verjeles y recreaciones, donde tenía sus mujeres y donde se criaban sus hijos con amas y criados y servicio que se les daba para ello. Tenían su conversación con ellas cuando querían y con la que les parecía. Tenían consigo á algunas más de ordinario y más regaladas, á quien hacían más favores, por algunos respetos buenos que en ellas conocían. Las mujeres cuando nacían, ó el padre ó la madre les ponía nombre, y el ombligo, á diferencia del del varon, enterraban junto á los fogones, dando á entender por esto que serían inclinadas á ser caseras, como les parecía que eran obligadas. Imponíanles sus madres á tejer, hilar y hacer de comer: algunas había que se inclinaban á tañer, cantar y bailar. Vivían honestas y recogidas, sirviendo á sus padres y madres. Casábanse demandadas á sus padres, y jamás convidaban con ellas. Procuraban de tener las calidades que se ha dicho para merecer ser deseadas; y ellos tenían respeto á esto para tomallas por mujeres. Dábanles dote sus padres como podían. Las hijas de los reyes casaban con reyes ó con señores: llevaban grandes dotes de pueblos, casas, tierras, esclavos, y otros muchos bienes y haberes. La mayor parte de los hijos de la gente común se criaban en otras casas que había en la ciudad, que llamaban *telpochcalli*, que se interpreta "casa de mozos," donde también eran enseñados á las mismas costumbres y doctrina que en las otras de los sacerdotes de los templos, salvo cosas de sus ceremonias. Los más de estos y sus padres se ocupaban en la labor de la tierra, en que ponían su principal fin, después del de las armas; y de estos salían algunos hombres muy valerosos que después eran traídos al

gobierno del pueblo, y á otros cargos y dignidades. Tenía el rey su audiencia real donde oían de justicia ciertos hombres para ello señalados, y escogidísimos en discreción, habilidad y buena conciencia, los cuales con mucha benevolencia oían y conocían de las causas de civiles y criminales que se ofrecían entre todo género de partes, de cualquier calidad que fuesen, y sentenciaban conforme á las leyes que tenían sus reyes. Tenían en su audiencia mucha autoridad, silencio, y escudriñaban con mucho cuidado la verdad de los negocios. Ninguno había de durar más de ochenta días, por calificado que fuese, haciendo sus informaciones de testigos, y cuando no los había, juzgaban por indicios que bastasen por prueba. Las cosas arduas las comunicaban con el rey, y las dudosas se las remitían, y él las determinaba después de muy bien informado de los jueces, que llamaban *tetcuhtin*, y de las propias partes. Había de estos, seis de sangre real y otros tantos de los plebeyos, personas de mucha prueba y larga experiencia. No llevaban paga ni presente de las partes, ni se les permitía. Vivían tan justos y tan recatados en hacer justicia, que se averiguó que en tiempo de Nezahualcoyotzin y su hijo Nezahualpiltzintli jamás hicieron cosa por que fuesen castigados ni depuestos de sus oficios. Procedían contra todo género de hombres, aunque fuesen contra los hijos de los reyes, los cuales castigaban con mayor aspereza y severidad que á los demás de la gente común, por ejemplallos: tanto, que á un hijo de Nezahualcoyotzin, muy valiente y valeroso, que fué acusado del pecado nefando, lo sentenciaron á muerte, confirmándolo su padre, y ejecutando él la sentencia; y otro que era legítimo heredero de Nezahualcoyotzin, llamado Tetzauh-piltzintli, que fué acusado de *crimen legis* contra Nezahualcoyotzin, su padre, fué por estos del Consejo sentenciado á muerte, y ejecutada en él la sentencia. El rey tenía gran cuidado de en todo se hiciese justicia, y por esto los de este Consejo la hacían, no sólo en esta ciudad en lo que en ella se ofrecía, pero contra los jueces que no la hacían en los demás pueblos donde para administralla eran puestos: y si alguno de estos por pasión y afición no la hacía como de-

CAPITULO ALTO  
BIBLIOTECA